

aldea, y por decirlo así en sus puertas mismas, los hacemos accesibles y mas fáciles de estudiar que los ventisqueros y neveras de las otras partes de la Suiza. Damos la vista de esta pintoresca aldea de Grindewald, copiada del natural.

EL CONDE DE FABRAQUER.

VIAGE DE LOS PIRINEOS A PARIS.

LAS LANDAS.

Después de haber examinado bien la ciudad de Bayona, y dado un último adiós á su linda catedral, cuya vista pro-

curamos copiar y damos hoy á nuestros lectores, emprendimos nuestro viage á París con el pensamiento que tiene hoy todo viajero contemporáneo, de que á cualquier lugar á que le lleve el capricho ó la curiosidad no ha de ver nada nuevo, porque todo se parece. Esto hasta cierto punto es verdad: las casas, los monumentos, las gentes, las fondas, etc., recuerdan casi siempre á uno lo que ha visto: la diferencia está solo en las dimensiones; las obras del hombre civilizado presentan en todas partes un aire de familia casi uniforme y fácil de distinguir.

No sucede esto al salir de Bayona. Allí éntrase á poco tiempo en las *Landas*, ante las cuales no puede decir el hombre ¡yo conozco esto! No: es la inmensidad severa, dri-



Vista exterior de la catedral de Bayona.

da, apenas risueña en algunos puntos, y sombreada siempre por las verdes zonas de gigantescos pinares. Se conoce en cuanto se pone el pie en este país singular que es una región áspera, en donde el indígena se ha visto obligado á

pasar su vida en las arenas y en las lagunas, y en donde cada pulgada de cultivo es una conquista obtenida sobre la esterilidad del desierto francés. Este contraste es tanto mas grande cuanto se acaba de salir de una ciudad rica en

SEGUNDA SERIE.—1860

AÑO XVIII. 23.

edificios, donde se ve el lujo de las capitales de provincia, y donde, gracias á su proximidad al suelo español, es grande el movimiento del comercio.

Las Landas se hallan abandonadas hoy como hace siglos á su salvaje melancolía, y al triste aislamiento de sus colonos que parece han resistido al movimiento de progreso general.

Para la mayor parte de las gentes, que estudian superficialmente las cosas, las Landas son unas plantaciones de ayer: ignoran qué magnífica situación ocupó este país, qué condiciones, qué recuerdos y qué historia tiene. La posición de esta comarca colocada entre la Francia y la España, la ausencia de obstáculos que detuviera en los pasados siglos la marcha de los conquistadores, la escasez de sus habitantes, demasiado débiles para defenderse á sí mismos, todo ha contribuido á entregar las Landas al primero que ha querido ocuparlas paseando por su territorio el acero y el fuego. En este país, hoy tan triste, se han alzado en otros tiempos florecientes ciudades; ha habido islas, y mas de una población, segun la tradición, pereció tambien por las arenas traídas por el Océano que todo lo cubrieron. Marchaba la arena fatal, irresistible, sepultando á su paso, mas terrible que las aguas, porque éstas al cabo concluyen por retirarse, cuanto encontraban: las llanuras, las casas, los habitantes, los campos.

Bajo de aquellas arenas duermen durante siglos escondidos varios pueblos: el Océano tiene tambien su Pompeya y su Herculano!...

Causa una terrible impresion el caminar sobre aquellas movedizas arenas, sobre las que hoy se extienden los rails de un ferro-carril. Se estremece uno al pensar que camina sobre poblaciones allí sepultadas. El Océano ha dejado por do quiera los mas tristes recuerdos. Si en otro tiempo cubrió mas de una region de Europa, escavando cuidadosamente el suelo se han encontrado sus huellas. En las Landas el país entero dice á voces aquella terrible visita del mar que han sufrido las edades mas remotas, y que no ha debido de cesar segun los mejores arqueólogos sino al cabo de ocho mil años: las llanuras actuales eran cerros hasta Gabaret, y de Bazas á Dax se extendia la sábana líquida del agua.

La tradición, custodio fiel de los hechos históricos, ha conservado el nombre de cabos (islas) á las aldeas edificadas sobre las alturas. Sobre esas mesas ó llanos hubo solo algunos habitantes. El hombre no recobró sus conquistas sobre el Océano, porque el Océano dejó tras sí los vastos estanques de Orx, Oseiros, Moisan, Soustons, y sobre todo Cazau, que separa de la Teste un inmenso bosque de pinos. Esas lagunas sin fondo, esos inmensos bancos de piedra cubiertos de conchas que se encuentran en varias poblaciones están revelando la grande inundación. Al retirarse las aguas formaron dos valles muy distintos: las grandes y las pequeñas Landas. Sobre una estension de setenta leguas y una anchura media de veinte y cinco, es decir, sobre novecientas leguas cuadradas, estension enorme, no se encuentran mas que senderos abiertos entre los bosques.

¿Ha sido el camino de hierro un beneficio para las Landas? Provechoso ha sido á Bayona y á los Pirineos, empero sobre todo sirve para pasar lo mas pronto posible esas pobres y áridas Landas, que en su impaciencia el viajero

acusa de ser demasiado largas. En esta estension de terreno apenas se ve una pequeña casa blanca; pastores y labriegos subidos sobre inmensos zancos, haciendo labor ó guardando sus ganados; se encuentran por intermedios grupos de habitantes casi uniformemente cubiertos de piel de oveja con las lanas por de fuera, y presentando el aspecto de una población de Robinsones. Sus cabellos largos y lácidos flotan sobre su cuello, dejando resaltar apenas la palidez enfermiza de su color, el brillo de sus ojos, cuya mirada descubre un temperamento nervioso é irritable. Los perros, salvajes como sus amos, se apartan á la vista del extranjero; pero no hay que temer de estos pobres habitantes que son buenos, y que ofrecen su casa, donde se halla uno en perfecta seguridad. Todo contribuye á mantener en las habitaciones de los hombres de las Landas esa especie de sombría tristeza que parece pesar continuamente sobre ellos y estender un velo de luto sobre su existencia. No es porque el sol rehuse sus rayos á aquel país, ni las flores sus perfumes, ni las abejas su miel, ni los pájaros su canto, no; pero hay en su manera de vivir, en la naturaleza de sus industrias, en las duras condiciones de su trabajo, una cosa que los domina y los anonada. Pueden otros distraerse de un momentáneo pesar, de un tiempo malo, de un instante de penuria; allí no puede hacerlo; es preciso combatir siempre resueltamente la arena; si aguarda debe resolverse á ser vencido por este terrible adversario. Si quiere dominarlo por las plantaciones de pinos, tendrá constantemente delante de sus ojos el espectáculo mas propio y adecuado para alimentar la melancolía, ¡Ah! ¡cuánta distancia hay de nuestros hermosos bosques de encinas á esos pinares sombríos, cuya hoja, si bien es eterna, es tambien eternamente negra! Los bosques tienen recodos imprevistos, poéticas plazoletas, masas de árboles en donde se abriga la caza, grutas y rocas de donde se cree ver salir las graciosas divinidades del Olimpo griego; tienen tambien calles, caminos, alamedas entapizadas de yerba y fino musgo.

Los pinares al contrario son simétricos, siempre geoméricamente plantados como las viñas. La alameda es recta, uniformemente recta; los árboles se tocan los unos con los otros, de modo que puedan ofrecer mas resistencia á la arena. Bajo su hoja no crecen ni las florecillas del campo, ni hay verdor; es grave, mudo, y hay una rigidez de líneas capaz de engendrar la melancolía en el corazón; parece que se entra en un inmenso cementerio; que allí toda la Francia envía los muertos para sepultarlos bajo sus pinos. Y todavia en el jardín del eterno descanso hay variedad de cultivos, hay flores en abundancia: hay rosas que se abren con la brisa de mayo, y se ven los pajarillos saltar de rama en rama; los pinares son invariables; se extienden en una perspectiva sin fin; no ofrecen la menor variedad; algunos senderos dirigen los pasos del viajero, pero son raros; allí el suelo pide una perseverancia y un valor á toda prueba; poco á poco va respondiendo á los esfuerzos de la inteligencia. No hay que caminar con seguridad por donde se ve crecer la yerba, porque á lo mejor le grita á uno un pastor desde la altura de sus zancos: «cuidado, que hay ahí agua;» y el suelo que parece firme y sólido es una fangosa laguna donde uno se hundirá si tiene la imprudencia de dirigirse á ella.

Las inmediaciones de los estanques y de las lagunas se

ocultan bajo la arena, algunas veces bastante sólida para engañar el pie. Contribuye al engaño y á la ilusión un poco de vegetación favorecida por la humedad; cree uno marchar sobre un piso firme y unido, y de repente se encuentra hundido en un agua estancada de donde es difícil y á veces imposible salir. Semejantes á la Mar Muerta, de maldita memoria, estos estanques y lagunas carecen del risueño bordado de las plantas y de los árboles en sus orillas: allí no se encuentra el sáuce, ni se endereza el álamo: el agua está desnuda como la tierra: no se ve mas que silencio y soledad por todas partes, y despues cuando ha dado vuelta á aquella masa líquida producida frecuentemente por las aguas llovedizas que no pueden tener corriente por falta de canales, ó porque la arena las detiene, se encuentra uno delante de otra sábana árida de arena, ó delante de otros pinares, y siempre colocados en filas lúgubres que recuerdan las marchas procesionales de los frailes de otro tiempo. Se marea uno con tanta uniformidad; no se sabe si adelantar ó retroceder: el ánimo se llena de fatiga, y el camino se hace insoportable al ver siempre delante de los ojos la misma perspectiva, los mismos objetos.

Llegamos á un vasto pinar que se estiende á los alrededores de Arjuzar: el calor era pesado, agobiador, insoportable. Allí no se encuentra agua potable: los animales crecen débiles y enfermizos al lado de los pinos. Apoyados de espaldas en vastos pinos aislados los pastores sobre sus zancos estaban casi sentados sobre una especie de baston que los mantiene en equilibrio, y en esa posicion de estatuas aéreas con una inmovilidad forzada entregándose á un trabajo útil. Vimos tres: el uno de esos hombres hacia media; el otro, su hijo mayor, estaba cosiéndose para el invierno un vestido de piel; el tercero tenia una rueca é hilaba. Al pasar por delante de ellos no se movieron: sus rostros demacrados y tristes no mostraron la menor expresion de urbanidad: se limitaron á tocar con la mano el borde de sus gorras para saludar. Nuestro guia se volvió hacia ellos; cambiaron algunas palabras, pero muy pocas. En el curso ordinario de la vida estas gentes son mas comunicativas; tienen cierta expansion en los dias de fiesta, y son hombres alegres cuando se entregan á sus diversiones y gocees particulares, de lo cual haremos un estudio.

De buen agüero para el árido terreno de las landas es el haber comprado el emperador Napoleon III, el que tanto se empeña en hacerse y mejorar la Francia, 11,000 hectáreas del terreno de este estéril país para hacerlas sembrar. Es seguro que el ejemplo dado por el emperador no dejará de ser seguido en Francia, y que disputarán á las arenas el dominio que han ejercido hasta ahora sin contradicción en este desgraciado terreno.

En los pinares, una de las cosas mas hermosas que hay que observar al entrar en sus rectas, interminables y sombrías calles, es el modo como se extrae la resina, de la cual se hace una gran cosecha. Allí se ven jóvenes de grandes y rasgados ojos melancólicos, de rodillas, quitando de un pino la gruesa corteza, teniendo cuidado de no herir la madera. Despues practican al pie del árbol en el cuerpo mismo del tronco un hoyito donde debè caer la resina, y hecha esta operacion pasan á otro pino, con el que antes han hecho lo mismo: á fin de refrescar la llaga, pero entonces profundizan la cortadura por alto en lugar de ensancharla. En

seguida cortan un arbol en las cuatro caras, lo que se llama en el país cortar á *pino perdido*: los árboles con quienes se hace esto deben ser cortados y servir para hacer el alquitran.

Para estas diversas operaciones las mugeres y los hombres se arman de un hacha con acerado filo, la cual manejan con perfecta destreza. No es esto solo: como hay dos especies de resinas, el *barrás* y la *resina blanda* trabajan los hombres en hacer su doble cosecha. El barrás, fijado á lo largo de las hendiduras, tiene la blancura de la cera, y sirve para fabricar excelentes bujías, lo recogen con cuidado, y lo ponen en un gran cesto tejido con hojas de maíz. Despues pasan á recoger la resina blanda, donde entra una buena parte de la *trementina*, y cogiendo una especie de paleta con un largo mango, van á verterla en un vasto recipiente que forma un hoyo en la tierra, y que puede contener un centenar de barricas. Esta segunda calidad, segun lo que nos dijeron los trabajadores debe ser destilada para dar el aceite esencial, y transformarse en resina amarilla. Por último, como nada se pierde en el pino, el residuo que queda despues de esta destilacion se utiliza todavia bajo el nombre de brea seca, que se coloca en panes, y que tiene un color encarnado oscuro. Todavía hay otra operacion, que es la de reunir todos los fragmentos combustibles que se han cogido de los pinos, darles fuego, y de ellos resulta la pez grasa, que se vende como todo lo demas. Estas quemadas hacen los carboneros. Damos á nuestros lectores una lámina copiada del natural de un grupo de jóvenes trabajadores ocupados en las diversas faenas de la extraccion de la resina.

A pesar de lo miserable y árido de aquel país los habitantes de las Landas le tienen un entrañable amor, y lo prefieren á cualquier otro país.

Despues de haber visto las diversas operaciones hechas en los pinares nos faltaba tiempo para salir de ellos. Su uniformidad y su monotonía nos mareaba, y el fastidio se apoderaba de nuestro corazón: parecíanos que aquellos eternos pinos tan juntos, tan apretados se estrechaban todavia mas para aplastarnos entre sus espesos troncos. Un humo acre y fétido venia á distraernos de nuestros penosos pensamientos: nos alejamos de aquella diversion, que no tenia por cierto nada de atractiva y agradable.

Antes de salir del bosque, en uno de los parages mas espesos encontramos una docena de hombres negros como diablos del infierno, acurrucados alrededor de un inmenso brasero que alimentaban activamente. El fuego se reflejaba sobre sus tostados rostros, y aquella reverberacion que eclipsaba la luz del sol, daba un aire siniestro á sus fisonomías. Salvajes, y no cambiando una sola palabra entre sí, parecia que solo tenian un solo amigo, su confidente, el fuego: el fuego era su familia, su país, su pan, por último, su vida; todo para ellos existia en aquel comercio íntimo con el activo elemento que se alimenta de la destruccion: no hablaban, empero el fuego les hablaba con su chisporroteo; no se movian de su sitio, pero las chispas que lanzaba, envueltas cual estrellas, se agitaban en su lugar. Eran los carboneros de las Landas, esos gnomos de los pinares, los que pasan su existencia entre los pinos midiendo con sus miradas los árboles que les entregarán para quemar. Nuestros recuerdos clásicos nos hacian elevar nuestra imaginacion á Polifemo y sus compañeros, y nos preguntábamos si

aquellos cíclopes, si aquellos herreros que tomaban para trabajar en las entrañas mismas de la tierra el hierro, serían mas negros y tendrían peor traza que aquellos hombres. Estos, sin embargo, eran inofensivos, y una pequeña

propina que les dimos los puso locos de contento.

Al salir de los sombríos pinares, las Landas nos parecieron un mundo encantado: estaban rasas, es verdad, pero el sol derramaba sobre ellas sus rayos; la arena fina crugia



Pastores de las Landas.

bajo los pies con una esquisita suavidad; una multitud de pájaros se cruzaban buscando sus mansiones favoritas, pájaros de todas clases y de todas especies. Allí ya se respiraba una brisa fresca, tanto mas grata, cuanto mas árido y abrasa-

dor era el sitio que acabábamos de abandonar. Contemplábamos el pino que daba el fruto á costa de las heridas que le hacían, mostrando á sus lados la llaga de que destilaba la resina y el alquitran, y recordábamos que el poeta es tambien

en el mundo un árbol generoso que da gota á gota la sangre de su corazón, y mas aun gota á gota las lágrimas de sus ojos. No hay un combate de que no salga herido, y tal vez su herida siempre renovada vivifica su genio por sus eternos padecimientos: no es como ese espacio infinito del que se desprenden las pequeñas y mezquinas consideraciones de la vida tal como la sociedad la ha hecho, y que se admira de que tantos hombres se agrupen y apiñen en el estrecho

término de las capitales para disputarse con encarnizamiento una fortuna que es humo, una gloria que es una quimera.

No queremos llevar á nuestros lectores á recorrer las Landas con esa minuciosidad fastidiosa que tiene el propietario que enseña su hacienda, y en la que no perdona al que la visita ni una lechuga, ni la mas pequeña planta. Trasladaremos á nuestros lectores al pueblo de Mimizan



Modo de podar los pinos en las Landas.

una de las aldeas de las Landas en donde entramos agobiados de fatiga, cansados de nuestra expedición y muy felices porque encontramos una cordial hospitalidad en casa del maestro de escuela; excelente figura que no olvidaremos jamás. Un anciano coronado con cabellos blancos, inofensivo, que habia atravesado la vida en el mismo sitio donde habia nacido, no quejándose de nada, no deseando nada, satisfecho con su medianía, era feliz porque respiraba el aire natal, porque no le habian arrebatado de las arenas de las Landas para llevarle á la estremidad de la Francia. Muchas veces habia visto renovar la población en torno suyo, pero todos le eran conocidos, todos le amaban, y él amaba tambien á los que la muerte habia hecho desaparecer y que solo existían en su memoria. Aquel maes-

tro de escuela tan anciano podia decir, como nuestro inmortal poeta don Alberto Lista:

Feliz el que nunca ha visto
Mas rio que el de su patria,
Y duerme anciano á la sombra
De pequeñuelo jugaba,

Otro dia continuaremos contando la grata conversacion que con él tuvimos.

(Se continuará.)

JOSE MUÑOZ GAVIRIA.

TRES ÉPOCAS DE LA VIDA DE UN GRAN POETA.

I.

1619.—EL NIÑO.

Vamos á hablar hoy á nuestros lectores de la vida de un gran poeta, que á imitación de nuestro célebre ingenio Lope de Vega, fué poeta á pesar de su padre que quería hacer de él un abogado. Su irrevocable vocación triunfó de los mayores obstáculos, y el mundo admira hoy la memoria del poeta que compuso *El Cid*, *Los Horacios*, *El Cidna* y tantas otras obras maestras.

Nació Pedro Corneille en la capital de la Normandía, en Rouen, en 6 de junio de 1606, y murió en París á la edad de setenta y ocho años.

Tenía Pedro trece años, y se había distinguido ya por sus adelantos en las clases de los jesuitas de su ciudad natal.

Era un día de asueto. Le aguardaban en la casa de su padre: una hora antes de lo que comienza nuestra historia un criado había ido á buscarle al colegio de los reverendos padres.

Ya dos ó tres veces su padre, uno de los abogados mas notables de la Normandía, había preguntado si había vuelto el niño, y su ama Margarita, que había visto nacer al niño, y que lo amaba cual su propio hijo, había respondido que ya no podía tardar. Pero como el niño no venía, el padre encargó al ama que cuando viniese se lo mandase á su gabinete.

—Sin duda, dijo para sí el ama cuando se vió sola, irá á regañarle y á hablarle de su maldita profesion de abogado, cuyo nombre tanto horripila á Pedro.

De repente sonó un aldabonazo en la puerta de la calle, y Margarita corrió tanto cuanto se lo permitía su avanzada edad á abrir, y se encontró con Pedro, á quien abrazó tiernamente, y mirándole con un sentimiento de ternura mezclado de admiración.

—¿Qué pálido y abatido estás! le dijo: ¿estás malo? ¡Jesús, Dios mío! ¿Qué dirá tu madre?

Pedro entró, y sin hablar nada se sentó en la antesala.

—Este chico se va á matar á fuerza de tanto estudiar, continuó murmurando la buena ama, y no quiere confesar que no está bueno... voy á decirselo á su madre.

—No, no, exclamó Pedro; no estoy enfermo; no quiero estarlo... ¿lo oís? conquese ¡chiton! Eso es lo que te encargo, lo quiero.

A esta última palabra se levantó, cogió con fuerza el brazo de la buena ama brillando sus ojos de una manera extraordinaria. Después volvió á sentarse mas pálido que antes.

—Pues que tú lo quieres, Pedro, me callaré; eres muy caprichoso, vamos, no diré nada.

Cogióle entonces la vieja la mano en las suyas secas y arrugadas, y dándole una palmadita de amistad trató con sus caricias de distraerle de la profunda melancolía que tenía el pobre niño que ella había criado, y al que tanto quería.

Pedro no era uno de esos niños frescos y de color sonrosado, de juegos caprichosos y traviesos: sobre su blanco rostro se veían ya facciones marcadas, y en sus ojos brillaba un fuego sombrío que hubiera dejado adivinar aun al mas inesperimentado, que tenía padecimientos en su vida, porque nada hay mas elocuente que una fisonomía muda é inmóvil.

Signió un largo silencio á las habladoras caricias de la vieja. Miraba esta á Pedro.

—¿No quieres ir á abrazar á tu madre, que te está aguardando, dijo ésta con un suspiro, y á tu padre que tambien quiere hablarte y está en su despacho?

—Vamos, ya voy donde está mi madre. Y se levantó bruscamente; pero apenas habia dado tres pasos cuando volvió á detenerse, y cayó sobre una silla.

—¿Dios mío! ¿qué es lo que tengo? dijo pasándose la mano por la frente y poniéndola despues sobre su corazón. Ayúdame, Margarita, yo no sé lo que tengo ahora, pero mis ojos se turban... Ya se me ha pasado.

—Tanto mejor, tanto mejor, porque veo que hoy tendrás un día divertido... Va á haber una comida de niños... vendrá la señorita Adelaida.

—¿Vendrá?... Vamos, tienes razon, es preciso que no esté malo.

Y al decir esto salió del cuarto con un paso lento, pero firme, y pasando por la cocina donde su madre se hallaba ocupada en los preparativos de la comida que daba en honor de su hijo Pedro, la abrazó con efusion, y despues se dirigió hácia el despacho de su padre.

Rodeado de enormes tomos en folio, de expedientes, de causas de manuscritos de todas clases, trabajaba en aquel intrincado laberinto de las cosas del foro, dió un beso en la frente á su hijo, y sin dirigirle la palabra continuó su trabajo, despues de un cuarto de hora de silencio.

—Es un trabajo insoportable el mío, dijo el abogado; un trabajo en cuya comparacion es un juego el estudio de los autores griegos y latinos.

—¡Oh! los griegos, los romanos, sobre todo, papá mío, exclamó el niño con los ojos brillando de admiración: ¡qué grandes! ¡qué bellos! ¡qué agradables son! ¡Esos sí que eran hombres!

—Ciceron, sublime orador: Tito Livio, Tácito, grandes historiadores... replicó maquinalmente el hombre del foro que continuaba hojeando una causa.

—¡Grandes, sublimes! sí, papá mío, empero mas grandes y mas sublimes han sido los hombres de quienes han escrito la historia... Scévola, Cocles, Pompeyo, los Horacios... ¿Quién podrá escribir mal y friamente con semejantes nombres? ¡Oh! las grandes cosas son las que forman los grandes historiadores.

El padre de Corneille miró á su hijo con asombro... porque en el acento de aquel jóven, en el fuego que lanzaban sus ojos, en el tinte animado que habían tomado sus mejillas pálidas poco antes, veía el genio de la inspiración.

—Vamos, le dijo el padre, tranquilízate un poco; calma ese transporte, jóven romano... que yo estoy satisfecho: tú hablarás bien... abogarás mejor que yo... pero ahora vete á divertir, hablaremos de esto otra vez, porque necesito trabajar... Si, tú serás con el tiempo el águila de nuestros abogados.

Al oír esta última palabra, palideció Pedro, porque es-

ta palabra trastornaba todas sus ideas, todas sus esperanzas sin poderse explicar por qué.

Alejóse mas abatido que cuando habia entrado en el cuarto de su padre; habíase disipado su entusiasmo.... Aquellas palabras, tú serás abogado, le habian hecho despertar de sus deliciosos ensueños.

Al volver al salon donde se hallaban reunidos sus compañeros, fué acogido con un grito general; pero él permaneció triste y preocupado y evitó sus fiestas, hasta que una niña fresca y graciosa, rubia como el oro, y de traviesa y lista fisonomía, se acercó á él.

—¿Qué tienes, mi amigo Pedro? le dijo.

—No tengo nada, Adelaida.

—Si, algo tienes: tú padeces y no me lo quieres decir... al menos díme lo á mí.

—Ni á tí ni á nadie; déjame tranquilo, contestó Pedro.

Y apartándose de Adelaida se fué á sentar en una silla, triste y abatido. La pobre niña al verlo así, dejó correr sus lágrimas.

Pasóse el día alegre y divertido para los demás; triste, muy triste para Pedro, y mas triste todavía para la pobre Adelaida.

Llegó la hora de volver al colegio por la noche, y el pobre niño fué con fiebre, tanto que á pocos días los padres jesuitas avisaron á su casa para que volviesen á llevarse.

Ocho días mortales pasó en un gran delirio, al cabo de los cuales recobró su razon, y al mismo tiempo encontró en su cabeza siempre fija é implacable aquella misma idea, causa de su dolor. Se acordaba tambien de Adelaida y lloraba.

Esta idea era la de hacerse célebre. Su enfermedad cedió al fin á los tiernos cuidados de su buena madre, y sobre todo á la presencia continua de Adelaida, á la cual permitian venir á verle todos los días. Calmóse su dolor; aplacáronse sus ideas, y entró en plena convalecencia. Entonces, un día le entregó un rollo de papeles diciéndole: he ahí lo que te envían del colegio.

He olvidado decir que todo lo que va referido pasaba en el mes de noviembre, y que á fines de año, por Navidad, se acostumbraba en el colegio á representar por los alumnos una tragedia sagrada compuesta al efecto por uno de los profesores. El manuscrito de la tragedia era lo que acababa de entregar á Pedro, para quien habia destinado uno de los principales papeles. La tal tragedia era una obra detestable, y al leerla Pedro colocó sobre la mesa el manuscrito, y apoyando la cabeza en sus dos manos pensó... Permaneció así abismado en sus meditaciones una hora, y cuando volvió á alzar la cabeza su rostro se hallaba inundado de lágrimas... Habia entrado Adelaida sin que él lo sintiese en su cuarto, y viéndole llorar iba ya á gritar; empero éste adelantándose á sus preguntas:

—¡Dios mío! exclamó con una alegría expansiva, ¡Dios mío! si fuese esto... Mira, Adelaida, y la enseñaba el manuscrito... ¿Ves esto? pues es una tragedia.

—¡Una tragedia! repitió la niña tan admirada ahora como antes suspensa, no comprendiendo nada ni de sus lágrimas ni de su alegría.

—Si, continuó Pedro, versos, personas que hablan en verso, ¿Comprendes? Y esto lo ha hecho uno de los padres maestros del colegio.

—¡Ah! dijo la niña.

—Voy á representar yo. Todavía me acuerdo de haber visto las funciones en el teatro: me aplaudirán... ¡Y el autor de la tragedia, qué feliz será! Hablarán de él en todo Rouen. ¡Qué gloria! Si, la gloria, eso es lo mas bello y lo mas hermoso. ¡Dios mío! ¡cuánta sería mi satisfacción y contento si á mí me sucediese una cosa igual! Entonces sería célebre; eso me consolaría. ¡Ah! yo necesito gloria y celebridad! .. ¿Me comprendes, Adelaida?

—No, respondió ella.

—Pues bien, escucha. Y le leyó la obra del reverendo padre maestro. Y en aquella larga lectura animaba con su robusta entonacion los versos, y aun muchas veces los enmendaba sin conocerlo.

—¡Qué bonito! decía la niña sin comprenderlo, pero solo por que veia alegre y contento á Pedro.

—Y si yo hiciese una obra como esta... ¡Qué vanidad, qué locura!.. Sin embargo, ¡quién sabe!... quizá algún día...

—¿Y me enseñarás lo que escribas? preguntó Adelaida.

—Si, respondió el niño alegremente: yo te lo prometo.

Marchóse Adelaida, quedóse solo Pedro; alzó los ojos al cielo, y murmuró una lenta y fervorosa oracion. Levantóse despues radiante de alegría: acababa de leer en el porvenir; comprendia ahora lo que le habia hecho tanto sufrir; sabia lo que queria, se lo acababa de revelar su suerte: acababa Dios de decirle: ¡tú serás poeta! Y como sabia que la palabra de Dios no engaña ni falta nunca, descansaba sobre la fé de aquella promesa.

Desde aquel momento, Pedro, cuya salud habia sido tan delicada, no volvió á estar mas enfermo.

II.

1628.—EL ABOGADO.

Han pasado nueve años. Pedro se ha recibido abogado el año anterior mediante dispensa de edad, porque en aquellos tiempos los estudios no se hacian con la rapidez que en el nuestro. Aquel título de abogado, tan brillante á los ojos de Corneille, lo debia nuestro jóven, mas á la proteccion que á su talento y á su ciencia de legista. Jamás hubo discípulo mas distraido ni á quien fatigase mas hablar de la Instituta de Justiniano, de los Códigos y de las Pandectas. Mas le gustaba el seguir á los cómicos de la legua y hacer escapatorias de ocho á quince días para vivir en su compañía, que estudiar. No era por holgazanería, no era por faltar á las exhortaciones continuas de sus padres, sino porque tenia aversion á la jurisprudencia, y una irresistible inclinacion á otra carrera.

Su padre se propuso que hiciese carrera en el foro, y bajo su proteccion no dejó pronto de tener un pleito. El primer litigante que se presentó, y que Pedro se vió obligado á escuchar con gran pesar suyo, porque la visita se verificaba delante de su padre, que no tomaba á burla el capitulo de las consideraciones y atenciones que se deben dispensar á los litigantes, fué un normando, pleiteante de profesion, que hubiera preferido pleitear hasta contra él mismo, mas bien que dejar de tener asuntos en la audiencia. Tratábase, segun refiere la historia, del daño ocasionado por un borrico de un vecino en una tierra de trigo

perteneciente al litigante. El susodicho animal (hablamos del asno) habiendo causado un notable destrozo al referido propietario, debía por lo menos, según las pretensiones de este último, ser secuestrado y vendido á beneficio del litigante, caso de que el amo del burro no prefiriese pagar una considerable multa en atencion á que, según decia el aldeano, el maldito animal le habia echado á perder toda la cosecha del año.

Nada pudo impedir el que Pedro Corneille tuviese que aceptar esta causa, y ved aquí la imaginacion ardiente que se lanzaba á un porvenir de gloria, el alma del poeta que se cernia en el cielo, encargado de un ridículo negocio, llamado á sostener las pretensiones de un pleiteante hablador, compilando las colecciones de leyes y los códigos y las ordenanzas municipales para sacar de ellas victoriosas razones. ¿Y todo esto, por qué? por un asno, y por algunos celemines de cebada.

Pedro, que era concienzudo, quiso cumplir lo mejor posible el cargo de defensor de esta causa por desagradable que le fuese: era sobre todo un hombre honrado. Llegó por fin el gran día de la audiencia, y su padre le hizo llamar á su estudio.

—¿Estás bien seguro de tí mismo? ¿No te cortarás en el tribunal?

—Estad tranquilo, padre mio.

—No es que yo tenga miedo: sé muy bien que tú serás digno del nombre que llevas, de justificar por tu talento las esperanzas que has hecho concebir en la carrera del foro: sobre todo no hay malas causas para los abogados.

—Vos solo, padre mio, veis talento en mí para esta carrera.

—Déjate de modestias: tú triunfarás hoy... y ¡qué felicidad! Un día podrás encargarte de toda mi clientela.

Estremeciéndose Pedro cual si el hielo penetrase todo su cuerpo. Abrazó el padre á su hijo con ternura, con transporte, y marchó éste á la audiencia. Su padre pretestó no poder asistir á su triunfo, porque un trabajo mas urgente é importante le retenia en su estudio, empero que aguardaba con impaciencia su vuelta.

Dos horas despues bajaba Pedro las escaleras de la audiencia con paso lento y seguro, ojos brillantes, levantada la frente y respirando en todo su semblante la satisfaccion y el contento. ¿Qué es lo que tan contento le tenia? El que despues de haber hecho los esfuerzos posibles para ganar el primer pleito, lo habia perdido, y su cliente habia sido condenado en las costas. Pedro no cabia en sí de placer. ¡Habia perdido su causa contra el amo del burro! ¡Bienaventurado asno! Llegó á su casa pensando que su padre iba á verse afectado por la derrota que acababa de sufrir, pero con grande admiracion suya se desvaneció bien pronto aquel temor, porque el doctor Corneille, sin darle tiempo de proferir una sola palabra se arrojó á sus brazos, abrazándole varias veces con la mayor efusion y diciéndole:

—No queria decirte esta mañana que iria á oírte, por miedo de que mi presencia no te causase embarazo; pero me hallaba allí entre la multitud; te he oído y he seguido todo tu alegato.

—Y bien, padre mio, dijo tartamudeando Pedro y bajando la cabeza.

—He quedado encantado: has hablado como un ángel.

—Pues de poco ha servido mi elocuencia.

—¿Y á tí que te importa? ¿Tienes tú la culpa si el nego-

cio es malo, detestable, insostenible? Está tranquilo: te digo que serás un gran abogado. Poco importa que hayas perdido este pleito; otros muchos ganarás; no en todos se ha de vencer.

El pobre Corneille, que creia haberse libertado de la carrera con haber perdido el primer pleito, sintió un gran pesar al ver que su padre se hallaba mas empeñado que nunca en que la continuase.

III.

1629.—EL POETA.

En este día sonaba el tambor por todas las calles y plazas de Rouen, y el pregonero anunciaba que los cómicos situados en el juego de pelota darian la primera representacion de *Mellita ó las cartas supuestas*, comedia en cinco actos y en verso, por un ingenio de aquella ciudad.

Esas palabras, un ingenio de la ciudad, lisonjearon agradablemente el amor de los buenos habitantes de Rouen, sin contar con que escitaba poderosamente su curiosidad. En aquella época un autor dramático era casi un fenómeno; así grande fué la emocion que causó entre los habitantes una noticia que nadie aguardaba. Todos deseaban saber el nombre del compatriota bastante favorecido por Apolo y las musas, para haber podido escribir una comedia en cinco actos. Así es que en aquellos días, en vez de preguntar al encontrarse en la calle ¿cómo va de salud? solamente se decian ¿Con que tenemos un autor aquí? ¿Quién podrá ser? ¿Se sabe quién es ese poeta? ¿Se le conoce? ¿Cuál es su nombre? Y á estas preguntas todo el mundo contestaba que lo ignoraba. Luego formaban mil comentarios y conjeturas, era el cuento de nunca acabar. El posadero en cuya casa paraban los cómicos, protestaba con aire satisfecho y contaba que habia visto ir á su casa dos ó tres veces á un jóven de veinte y dos á veinte y tres años, el cual se encerraba con los cómicos cada vez durante dos horas, y en cuanto al nombre y condicion de él no lo sabia; lo que hizo que le silbasen los concurrentes que aguardaban sacar de él alguna noticia. En fin, la agitacion era extraordinaria. Resignáronse pues, todos á carecer de noticias, y no saber nada hasta la hora de la funcion. Llegó el día de ésta, y toda la mejor sociedad de Rouen se fué al local donde se debía hacer la comedia, en términos que el teatro era un lleno completo, y mucha gente tuvo que quedarse fuera de la puerta. Entre los espectadores se notaba al abogado Corneille acompañado de su muger: una cosa singular es que no se veia en la concurrencia, á pesar de su aficion al teatro, á nuestro amigo Pedro. No lejos del jurisconsulto se hallaba otra persona de quien hemos hablado al principio, que era aquella Adelaida, compañera de infancia de Pedro cuando era tan desgraciado. Por último, toda aquella muchedumbre guardó el mas profundo silencio, y comenzó el drama.

Cuanto mas iba adelantando en su representacion mayores eran los aplausos y la admiracion general. Todos palmoteaban dando gritos de entusiasmo, y al fin de cada acto habia un tumulto capaz de ensordecer á medio mundo. El éxito no podia ser mas admirable y satisfactorio. Dejamos pensar á nuestros lectores cuan grande seria la felicidad que sentiria el autor viendo realizarse tantos